

8. La alegría de Cristo

La alegría cristiana, la alegría de Cristo, la que Él nos promete, es una alegría inseparable de la caridad. Está claro, pues, que si Jesús nos promete la alegría, no nos promete una alegría cualquiera: nos promete *su* alegría, que tiene toda su consistencia en el amor de Dios: “Como el Padre me ha amado, así os he amado yo; permaneced en mi amor. Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor; lo mismo que yo he guardado los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor. Os he hablado de esto para que mi alegría esté en vosotros, y vuestra alegría llegue a plenitud”. (Jn 15,9-11)

La plenitud de *nuestra* alegría es la alegría *de Cristo* en nosotros. Esto es algo esencial de comprender y de vivir, esencial y extraordinario.

Cristo nos habla de su amor y del amor del Padre, nos dice que en su amor por nosotros se nos da el Amor Trinitario entre el Padre y el Hijo en el Espíritu Santo para que podamos habitar en él, mediante la obediencia. Y todo esto nos lo dice para que Su alegría esté en nosotros y sea plenitud de alegría.

Esto significa también que la verdadera alegría, que es la alegría de Cristo en nosotros, es siempre una sorpresa. La verdadera alegría es siempre la sorpresa del descubrimiento de un tesoro, de una perla (cf. Mt 13,44-46). La alegría está vinculada al don de un tesoro. Esto significa que la alegría permanece, o se encuentra, se profundiza, se renueva, en la medida en que el descubrimiento del tesoro, el hallazgo de la perla permanece, se profundiza y se renueva.

“Descubrir” algo no es lo mismo que fabricarlo o crearlo. Significa toparse con una realidad grande y hermosa que sientes que te es dada, gratuitamente, aunque hayas recorrido un largo camino para descubrirla, luchado en una larga búsqueda. Cuando encuentras el tesoro, aunque hayas cavado mucho, descubres un regalo que supera todo lo que podrías haber dado en la búsqueda.

Pensemos, por ejemplo, en los Reyes Magos. ¡Qué largo viaje hicieron para llegar a Belén! Sabían que encontrarían un niño, pero cuando llegan sienten toda la sorpresa de un regalo que no habían previsto, un regalo desproporcionado con respecto a su largo viaje, desproporcionado con respecto a lo que habían previsto, preparado, planeado.

“De pronto, la estrella que habían visto salir comenzó a guiarlos hasta que vino a pararse encima de donde estaba el niño. Al ver la estrella, se llenaron de inmensa alegría. Entraron en la casa, vieron al niño con María, su madre, y cayendo de rodillas lo adoraron; después, abriendo sus cofres, le ofrecieron regalos: oro, incienso y mirra”. (Mt 2,9-11)

Los regalos de los Magos son desproporcionados porque estaban preparados para ser ofrecidos a un hijo de reyes. Vinieron como la reina de Saba a Salomón. Encontrándose en aquella casa, en aquella pobre casa, probablemente medio excavada en la roca y medio en mampostería, con unas cuantas ovejas o cabras, unas cuantas gallinas dentro y fuera, en aquel lugar que olía a estiércol, a humo del hogar, a queso casero... ¡imagínad lo desplazados que se debieron sentir con su oro, sus

aromas preciosos, el incienso y la mirra en las manos! Debieron de sentir una desproporción invertida. No fue la pequeñez y la pobreza de Jesús y de la Sagrada Familia lo que no resistió el valor de sus dones, de sus personas. Fueron sus dones, sus personas, su idea del niño lo que no estuvo a la altura del valor de lo que descubrieron. Hasta ahora siempre se habían alegrado de descubrir realidades aparentemente más valiosas que ellos, como las estrellas que veían en el cielo. Ahora se encontraban con una realidad que aparentemente no tenía ningún valor en comparación con ellos, con lo que eran, conocían y poseían. Sin embargo, el mismo punto de aparente valor que habían perseguido, la estrella brillante, allí se había detenido, se había parado, había descendido y luego desaparecido por encima de un lugar sin valor, “encima de donde estaba el niño” (Mt 2,9).

Los Magos podrían haberse enfadado, haberse reído del engaño que ingenuamente habían creído, haberse marchado con todo lo que tenían... Un poco como Naamán el sirio cuando se enfadó porque Elías le había mandado bañarse en el Jordán para curar su lepra (cf. 2 Re 5,11ss).

En cambio, ¿qué ocurre con los Magos? ¿Por qué no se van? ¿Por qué entran, se postran y adoran, contra toda razón? A los Magos les sucede una “alegría muy grande”. Una alegría que experimentan al ver detenerse la estrella. Pero llevan dos años viendo esta estrella, así que no es la estrella el motivo de su alegría. Es el hecho de que se detenga y señale un lugar, la meta, el final de toda la búsqueda de su corazón. La detención de la estrella revela la presencia del Niño. Todavía no lo han visto, todavía no han entrado en la casa, todavía no han visto nada, y sin embargo su corazón ya lo ha comprendido todo, ya ha entrado en el Niño, ya siente la alegría de encontrarse con Él.

Al entrar, como decía, podrían sufrir un golpe de tremenda desilusión, una de esas desilusiones que hacen morir inmediatamente la alegría. ¡Pero no! “Cuando entraron en la casa, vieron al Niño con María, su madre, y postrándose, lo adoraron”. Entran, ven... y hasta ahí no hay nada de particular, y hasta ahí todo les sigue siendo posible, quedarse o irse, reconocer o rechazar, amar o despreciar. Hacen la elección más extraña, más loca, más aparentemente inadecuada para el lugar en el que entran, más inadecuada para lo que ven: *se postran y adoran*.